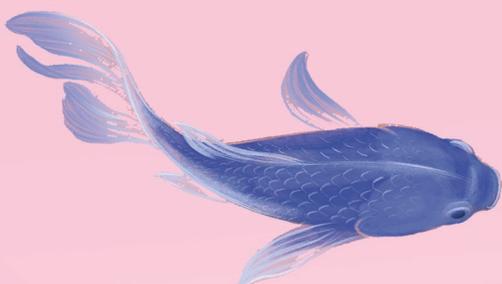




Paula Babot

Mejor cerca
del agua



AdN

Paula Babot

Mejor cerca
del agua

AdN

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Paula Babot, 2024

c/o DOSPASSOS Agencia Literaria

© AdN Editorial (Grupo Anaya, S.A.), 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com



ISBN: 978-84-10138-52-0

Depósito legal: M. 13.217-2024

Printed in Spain

*A tus cicatrices y a las mías, por traernos hasta aquí.
Enhorabuena, hemos sobrevivido.*

Y se está mejor, mucho mejor, cuando alguien te mira y mira también las cosas que tú miras. Tu misma habitación. Desaparece el terror de las cosas imaginadas, el terror de las catástrofes inminentes.

RAY LORIGA, *Tokio ya no nos quiere*

De pronto, su vida ejerce presión sobre mi corazón.

VIVIAN GORNIK, *Apegos feroces*

I

Debería haber escapado de aquello. Levantar toda mi vida, meterla en tres maletas y, a tiempo, huir de allí.

Lo miraba entrenar desde las gradas de la piscina y pensaba que, si la tierra se abriese bajo mis pies y me precipitase directa al vacío, la sensación no sería muy distinta a la que tenía en ese momento.

Me hipnotizaba la arbitrariedad en sus brazadas o la subjetividad a la que las sometía: un instante antojándoseme caricias y, al siguiente, golpes egocéntricos que me aprisionaban. Podía observarle durante horas, siempre escoltada por esa convicción de no valer para nada más, de estar segura de lo inexorable del sentimiento.

Estoy jodida. No hay forma más clara de explicar la situación.

Y, sin embargo, volvería a abandonar una y otra vez cualquier forma de existencia por grabar cinco minutos de su tacto en la memoria de mi piel.

II

Escucho sus voces como si estuviese dentro de una pecera. Lejanas, desenfocadas, turbias. Me naufraga la cabeza. Casi puedo notar sobre mi cuerpo el peso de esa agua que no existe.

La mujer me pregunta qué tal ha ido el viaje. Apenas he dormido los días previos. El bebé llora. Miro por la ventanilla en un intento inútil de ubicarme en una ciudad que aún no conozco. El coche en el que voy montada gira a la derecha para entrar en un callejón sin salida aparente. Se detiene frente a un edificio con fachada de ladrillo seco y una puerta de entrada roja al final de unas escaleras. Hemos llegado.

Minseo abre la cancela mientras hace malabares para sostener el peso de Sunoh, ayudándose de su casi inexistente cadera y su escuálido brazo izquierdo. Con una maleta en cada mano y a la espalda una mochila que amenaza con tirarme escaleras abajo, subo como puedo.

Antes de cruzar el umbral, se detiene un momento para indicarme amable que la imite y me descalce en

el recibidor. Habla un inglés perfecto, aunque no se ha deshecho del acento extranjero y de la muletilla lah al final de cada frase. Su aspecto es bastante minimalista. Lleva un conjunto de Uniqlo en tonos marfil que casi parece un uniforme y el pelo negro, a la altura de los hombros, recogido en una pulcra coleta que despeja sus ojos rasgados y sus finas facciones, libres de cualquier tipo de imperfección o maquillaje.

Bajo mis pies descalzos el suelo de madera cruje un poco. Noto que me va a gustar vivir allí. Es una casa acogedora, con techos altos, decorada en luminosos tonos blancos. La organización del salón gira en torno a dos grandes ventanales: uno da a la calle, y el otro, al jardín trasero. Frente a la tele, una alfombra de goma imita las piezas de un puzle de colores que entiendo define el espacio de juego de Sunoh. Sigo a Minseo hasta la planta baja, donde se encuentra mi habitación. Apenas hay espacio para un sofá cama, un armario y una mesita de noche. Me dice que cuando acabe de deshacer las maletas las llevará al trastero del jardín, y se marcha a preparar la cena, dejándome sola para que aterrice del todo.

Empiezo a colocar mis cosas en estos metros cuadrados que no siento míos, y veo mi reflejo en el espejo de la pared. Tengo la cara hinchada y ojeras grisáceas. Me estiro la ropa y me atuso el pelo, con la esperanza de arreglar así lo mustio de mi aspecto. Envío un WhatsApp por el grupo familiar, donde mis padres y mi hermana esperan impacientes alguna señal de vida. Subo al salón.

En la mesa hay unos manteles individuales de bambú sobre los que Minseo ha colocado cuidadosamente vasos y cucharas de cerámica. En el centro, un cuenco enorme con una sopa humeante de color anaranjado. Me sonrío dándome la bienvenida y hace amago de dejar a Sunoh en la trona, pero este se aferra a su madre. A los pocos segundos, acaba cediendo y sentándolo en su regazo.

Su risa nerviosa logra balbucear un torpe «Que aproveche» en español, que ha debido de aprender en las horas anteriores a mi llegada. Después, mete la cuchara en el cuenco metálico y empieza a comer directamente de él. Se me revuelven las tripas. Desde que tengo uso de razón, mi relación con las cucharas es problemática: me dan repelús. Me perturba la idea de que queden restos de comida pegados o, en el mejor de los casos, un rastro brillante como la baba de un caracol. Agarro la cuchara e intento que mis pensamientos no se delaten en mi cara. Nada me gustaría menos que causar mala impresión el primer día.

Respiro hondo y mentalmente me ordeno comer con un vamos, Creta, no lo pienses más. Los ojos se me salpican de lágrimas. La sopa tiene un intenso sabor picante y no sé cómo reaccionar. Sopa de kimchi, me aclara Minseo, que sonrío de nuevo y me explica que es un plato típico de Seúl, su ciudad natal. La siento dar vueltas en mi barriga.

Aprovecho para preguntarle lo primero que se me ocurre sobre el maldito kimchi y la gastronomía coreana, tratando de ganar tiempo. Engullo un par de

cucharadas más antes de excusar mi falta de apetito. Se muestra comprensiva y comienza a hablar de Sunoh, que intenta meterse en la boca cualquier cosa que esté a su alcance. Me explica que mi día comenzará a las ocho, hora en la que se marcha al trabajo. Tendré que asear a Sunoh, vestirle, darle el desayuno, el almuerzo, bañarle, pasearle, llevarle a play dates. También ver programas educativos con él (pero no más de una hora al día); lavar, planchar y doblar su ropa; leerle cuentos; ponerle cremas (le salen erupciones); controlar que haga las siestas necesarias; vigilar lo que come (tiene varias alergias); llevarle al médico (si ella no puede); desinfectar sus juguetes una vez a la semana y los biberones después de cada toma. Termina de recitar lo que me parece una lista interminable de tareas, recogemos la mesa y nos damos las buenas noches.

Desde mi cuarto escucho a Minseo cantarle a Sunoh una nana en coreano.

III

El hemisferio izquierdo de nuestro cerebro se mantiene semidespierto, vigilante, cuando dormimos por primera vez en un sitio nuevo. Es cuestión de supervivencia.

No recuerdo dónde leí esto, pero es lo primero que pienso al despertar forastera en este cuarto. Al pensamiento científico le siguen unos segundos de paz en los que se borra la existencia de las últimas semanas.

Dura poco. La realidad siempre me alcanza, directa al pecho.

Hago nido entre las sábanas. Me niego a ver la ausencia. Quiero deshacer este nudo en la garganta que me produce angustia, que hace que el aire se me entorpezca dentro. Diluir este peso en el esternón que no me deja comer, ni reír ni hablar sin que la voz se me atragante. Quiero abrir los ojos y viajar en el tiempo hacia atrás, o hacia el momento en el que ya no sienta esta asfixia, me da igual. Quiero no abrir los ojos nunca más. Pero los abro.

Y aquí sigo. En un sofá cama en la planta baja de una casa desconocida. En Islington, Londres, Reino Unido. Y todavía son las seis de la mañana.

Me rindo.

Observo cómo entra una luz gris a través del estor que no cubre del todo la ventana. A los lados quedan desnudos trozos de vidrio a los que la fina tela blanca no llega y que me sirven de mirilla al mundo. Se adivina a través de ella un muro de piedras con una reja, como los fosos de los cuentos de princesas que Otto me contaba de niña. Por el lateral asoman unas escaleras que suben hasta la calle principal, decoradas con macetas húmedas en cada uno de los peldaños.

Me levanto para abrir la ventana. Dejo que entre el olor a tierra, mejor recién sacudida de lluvia. Petricor, qué aroma de palabra.

Vuelvo a la cama y durante unos minutos escudriño el paisaje. Un gato negro baja las escaleras. Pausado, elegante. Olisquea una de las plantas y después se queda inmóvil, mirando al vacío.

¿Me verá él a mí así desde fuera?

Maúlla. Es hora de empezar el día.